

Dawes, Greg, (editor): *Tras las huellas de Pablo Neruda. Un homenaje a Hernán Loyola*: Raleigh, A Contracorriente, 2020. 156 pp.

ALFREDO LÓPEZ-PASARÍN BASABE
UNIVERSIDAD DE WASEDA

El presente volumen, editado por el Profesor Distinguido de literatura latinoamericana de North Carolina State University Greg Dawes, publicado bajo los auspicios del Department of Foreign Languages and Literatures y distribuido por esta misma institución se concibe, según reza el subtítulo, como homenaje al gran especialista de la obra nerudiana que es Hernán Loyola. En el prólogo y en algunas de las colaboraciones se recalca lo poco habitual del hecho de que un mundo tan competitivo y donde no siempre reinan las más altas pasiones como el académico se proponga rendir homenaje a un colega, y es inevitable estar de acuerdo. No son raros los “estudios” y las “misceláneas” en “honor de”, pero se trata siempre de colecciones que no exigen necesariamente apego a la persona del homenajeado o a su campo de investigación. Son, en ese aspecto, menos “libro” que el que nos ocupa.

Para llevar a cabo su objetivo, el profesor Dawes, que logra reunir entre sus colaboradores a un buen número de especialistas prestigiosos, divide su obra en tres secciones: “Persona y obras del 'detective' nerudiano”, que hace “hincapié en lo personal”. La segunda, “Pedagogía y los conversos a la nerudología” “aborda la docencia en Chile y la amistad”. La tercera, que es también con diferencia la más extensa, agrupa seis estudios sobre diversos aspectos de la obra de Neruda. Ahora bien, las dos primeras se distinguen solo en el hecho de que en la primera colaboran amigos y en la segunda antiguos alumnos de Loyola, sin que sean apreciables grandes diferencias de tono y carácter. Ambas son las que plantean de manera directa (exclusiva podríamos decir) el homenaje. La última lo lleva a cabo de manera práctica, centrándose en el campo de estudio en que el profesor Loyola ha cosechado sus mejores éxitos, y con la intención de contribuir a su desarrollo.

Las dos primeras secciones son, como hemos dicho, las de homenaje. Pero el homenaje es un género (“subgénero” se le llama en el prólogo) y, como todos los géneros, se halla sujeto a convenciones. Si no aportamos nada de personal o de propio al marco genérico nos quedamos, literalmente, en lo estereotipado. Creo que eso es lo que ocurre en las colaboraciones de Pedro Lastra, Patricia Poblete Alday y Mario Valdovinos. Frente a ellos,

el trabajo de Jaime Concha es un repaso, sin duda demasiado somero, como reconoce el autor (y no es dudoso que se trate de falta de espacio) de la obra crítica de Hernán Loyola, pero que resulta muy apropiado en un volumen de esta naturaleza porque nos sitúa en su contexto la obra del crítico chileno. Además, sin infringir en absoluto las normas genéricas, es capaz de discrepar civilizadamente del amigo en algunos puntos. Pero lo mejor de estas dos partes y creo que, sin duda, de todo el volumen, es el trabajo de Claudio Rojas, de peculiar título: “Con Neruda, tap-dancing y busto de Lenin”. Rojas nos demuestra que, con humor, sensibilidad y, sobre todo, un gran talento literario el homenaje puede escapar de su envarada convencionalidad y alcanzar las más altas cotas de excelencia.

La tercera sección es aquella en la que el libro que consideramos debería sustentar su pertenencia a la literatura académica. Lo primero que nos encontramos es el trabajo de Alain Sicard, uno de esos ensayos lírico-impresionistas dividido en fragmentos que tienen aquí pie en versos nerudianos. Hay que ser dueño de la inteligencia, la brillantez y, sobre todo, la portentosa capacidad estilística de un Roland Barthes para que semejantes intentos lleguen, por el lado crítico, a aportar el menor conocimiento sobre la obra “estudiada” y por el lírico a remontarse hasta la literatura. Nada de esto, por desgracia, encontramos en la colaboración del crítico francés.

Mucho más interesante es el trabajo de Selena Millares, “El símbolo de la cruz en la poética nerudiana: un diálogo del amor y la muerte”. En él, como indica el título, se recorre la presencia de ese símbolo en la obra del chileno, muy especialmente en la poesía de juventud, donde más poderosa es la influencia romántica, la cual es la base de diversas variaciones originales que usan la cruz para fusionar motivos eróticos y fúnebres. Todo el capítulo está lleno de finos análisis de poemas y versos concretos.

La colaboración de Gabriele Morelli, “Correspondencia inédita: Puccini-Neruda”, está plagada de errores que sorprenden en un ilustre hispanista de tan sólida trayectoria como él. Por ejemplo, se refiere a Luigi Longo como “jefe del Partido Comunista”, cuando los partidos comunistas tienen secretarios generales, y lo de “jefe” parece más propio de ámbitos fascistas o parafascistas (así llamaban sus partidarios a Gil Robles durante la Segunda República española); su lista de premios Nobel hispanos anteriores a Neruda empieza por Mistral, olvidando por completo a Echegaray y Benavente (no digo que no lo merezcan); y, sobre todo, lo más grave, habla en diversos lugares del “Congreso de la Libertad por la Cultura” (trastocando las preposiciones), cuando era esta una organización anticomunista

financiada por la CIA y lo que dirigió en abril de 1953 el poeta chileno fue un Congreso Continental de la Cultura, de obediencia soviética. Todo ello hace bastante dura la lectura de un trabajo que tiene casi el único interés de contribuir a un mejor conocimiento de la difusión de la obra de Neruda en Italia. En general, se me plantean ante este texto las cuestiones que me suscita la publicación de epistolarios, práctica habitual que seguramente podría llevarse a cabo con criterios más rigurosos de los que se acostumbran. Tiene uno la incómoda impresión del voyeur que accede a una intimidad ajena. Todo esto tiene poco que ver con la crítica y mucho con la crónica del mundillo literario, género este también que tiene, sin duda, muy entusiastas seguidores, entre los que lamento no poder contarme.

La colaboración siguiente, que firma Darío Oses (“Pablo Neruda, lector y autor de narraciones fantásticas y viajes extraordinarios”) estudia el “impulso narrativo” que recorre la obra del poeta chileno. Es un trabajo puramente descriptivo, del que apenas se extraen conclusiones. Como origen de esta tendencia nerudiana se señalan los relatos de tradición oral y la afición que el poeta sentía por la literatura fantástica. A la vista de los ejemplos que aporta el autor, quizá hubiera sido más fructífero centrarse en cierto surrealismo, impulsado o ratificado por autores como Lautréamont.

Tras él, Luis Íñigo-Madrigal presenta un curioso trabajo titulado “Borges, Baroja, Neruda: tres escritores y un mismo impostor”, que estudia tres obras de los escritores que aparecen mencionados en el título, todas basadas en la misma historia: la del caso Tichborne, que ocupó muchas páginas en la prensa del siglo XIX y que ha dejado, parece, una nutrida descendencia artística. Como muchas veces sucede (en realidad, me sucede) ante ejemplos de la literatura comparada, no se ven muy claros los objetivos ni que las conclusiones se traduzcan en un mejor conocimiento de las obras estudiadas, pero está estupendamente bien escrito y su lectura es amena y muy gratificante, lo cual me parece que lo justifica del mejor de los modos.

El último capítulo, el más extenso del volumen, es “Neruda, el anarquismo y la democracia”, y lo firma el editor, Greg Dawes. Su propósito es “rastrear la presencia de las ideas democráticas en Neruda desde 1920 1935 (sic)”, además de la de un anarquismo que, por confesión propia, fue la primera ideología consciente del poeta. En ambos temas encontramos otra vez argumentos poco convincentes, o que necesitan, pensamos, una más fina matización. Puede que Neruda, en la época de la Unidad Popular, concibiera su comunismo como la mejor defensa de los verdaderos valores democráticos, pero sin duda

no siempre fue así. Su idea original sobre la democracia, la única que conocía, la parlamentaria, debió de ser la misma que la de Lenin y, sin duda, la de Recabarren: un trampantojo destinado a perpetuar las desigualdades sociales y el *status quo* económico. Estaría bien determinar cómo cambia de idea o en qué grado lo hace, en paralelo o no a la evolución del Partido Comunista de Chile. Por otra parte, es demasiado mecánica la aplicación del esquema que se deriva de considerar al comunista un arte dirigido, y un arte “libre” al anarquista. La Revolución Rusa tuvo su Maiakovski, y el realismo socialista como estética oficial no se promulga hasta 1934; las razonables opiniones de Trotsky durante los años 20 tienen poco que ver con la posterior tosquedad de un Zdanov. Habría que ver también cómo se difunde y se aplica esa política fuera de la URSS, con sus inevitables diferencias regionales, qué pasa en Latinoamérica y cuál es el caso de los “compañeros de viaje”, pues Neruda no ingresa en el Partido Comunista hasta 1945. En otro sentido, puede que exista una estética anarquista, pero dudo que haya una práctica artística en cuyo origen se encuentre esa ideología de una manera mínimamente programada. Si se me permite una referencia personal, hace tiempo tuve ocasión de analizar los poemas de varias de las revistas anarquistas publicadas durante la guerra civil española. Como se sabe, este momento y este país, España, marcan el punto más alto del poder anarquista en la historia universal, con experiencias revolucionarias como las acometidas en Cataluña y Aragón o la presencia inverosímil de cuatro ministros en el gobierno. Pues bien, la ideología explícita de esos poemas superaba en muy poco las vagas consideraciones que son la de Neruda en los artículos juveniles presentados por Dawes en su trabajo (con las diferencias obvias del contexto bélico): la opresión, la llamada a la lucha de clases, el convencimiento de la victoria final. Apenas hay un cambio de banderas, desde el rojo al rojinegro. No creo que la explicación sea muy difícil: un poema, bueno o malo, es un poema, no un texto teórico, de modo que relacionar cualquier vanguardia con el anarquismo me parece francamente abusivo. Eso obligaría a considerar “anarquizantes” muchísimos textos de autores como Vallejo, Alberti o Prados, por no hablar de buena parte de los surrealistas ortodoxos; cualquiera puede extender esta lista a voluntad. El autor nos dice que se halla escribiendo un libro sobre este tema. Hay que confiar en que con mayor espacio pueda presentar de manera más matizada sus opiniones.

Como conclusión, podemos recordar los objetivos que el libro que comentamos se proponía y ver hasta qué punto logra cumplirlos. No parece que, aunque no escaseen los hallazgos parciales, esta obra consiga ser una aportación verdaderamente significativa a la

bibliografía nerudiana. Pero funciona, sin duda, como homenaje a la figura de Hernán Loyola y, en este sentido, es una invitación a sumergirnos en sus libros y artículos, estos sí fundamentales en cualquier aproximación que se pretenda hacer a la poesía del premio Nobel chileno; una aproximación que, creo, hay que seguir intentando. El libro, al menos, con los poemas y fragmentos de poemas que cita, nos convence de que Neruda sigue siendo un poeta vivo, un poeta que sigue ofreciéndonos lo que para un lector actual es lícito pedir a la poesía. Y quizá no sea posible separar de manera radical lo literario de lo extraliterario, pero creo que la crítica, tal como la concibo, debería hacer todos los esfuerzos del mundo por conseguirlo. El caso de Pablo Neruda ¿no nos ofrece una excelente oportunidad para ello?